

LA ECOLOGÍA, UN PROBLEMA MORAL NUEVO

Con frecuencia el desarrollo económico se ha vuelto contra el desarrollo humano, al menos el de las mayorías más desprotegidas. Con el descubrimiento de nuevas energías (entre ellas, la nuclear), que ofrecen mayores posibilidades de progreso pero que también presentan mayores riesgos, el tema del equilibrio ecológico preocupa a muchos. Entre éstos, las iglesias cristianas también intentan dar su respuesta moral. Sin duda, las posturas alarmistas no suelen ser las más cristianas. Pero es bueno enfrentarse a los temas nuevos y tomar conciencia de su magnitud, de los riesgos que plantean, pero sobre todo de las nuevas posibilidades que ofrecen. El presente artículo puede contribuir a dicha toma de conciencia.

Un problema morale nuovo: l'ecologia, Credere oggi, 6 (1986) n. 33, 88-99

I. ¿Hasta dónde llega el desastre ecológico?

1. Toma de conciencia sobre el problema ecológico

Se trata de un problema que la teología moral clásica ignoraba y al que los tratados más recientes aún no dedican la atención que se merece el caso. En el mundo de la cultura, de la política y de la economía también son muchos los que han adoptado posturas de escaso compromiso, de indiferencia, o de un sometimiento superficial a la moda, ante una situación que ha hecho cada vez más grave los avances de la tecnología y los embates de un modelo de desarrollo prácticamente ilimitado -sin más control que el lucro- altamente contaminante y expoliador de los recursos del planeta. No se ha prestado atención a las denuncias de los "verdes", calificadas de "apocalípticas", ni a las medidas de los movimientos cristianos, hasta que se han difundido las informaciones oficiales -siempre muy controladas, filtradas y "sopesadas"- acerca de la dioxina de Seveso, la tragedia de Bhopal en la India (más de 2.500 víctimas mortales) y los innumerables lesionados en el cuerpo y en la vista por las fatídicas emanaciones de la *Union Carbide*.

Pero poco a poco, hasta el vulgo se ha familiarizado con términos tales como "desastre ecológico", "contaminación", "degradación", "devastación ambiental"... Hasta los niños pequeños saben y experimentan que la contaminación ha invadido cielos, tierra, ríos y mares, y que los recursos del planeta corren el riesgo de agotarse si no cambiamos de rumbo. A nivel científico, ya en los años setenta el "Club de Roma" lanzó su grito de alarma y dio el "¡alto!" a un desarrollo contaminante y expoliador, para salvaguardar el bienestar ya alcanzado (en el Norte económico-social del planeta, por supuesto). Nos hemos enterado, también, de que el aumento del anhídrido carbónico en la atmósfera provoca cambios desastrosos de clima y contribuye al fenómeno de la "lluvia ácida" que destruye bosques y monumentos. Todo lleva a reflexionar sobre la paradoja de una sociedad que crea insecticidas pero juntamente con los parásitos extermina o perjudica la raza humana; y ello no, ciertamente, como consecuencia de una fatalidad natural, semejante, por ejemplo, a la llegada de una nueva era glacial.

2. Los movimientos ecologistas y pacifistas

El movimiento ecologista ha tratado de sensibilizar a la opinión pública -tan manipulada y distraída-sobre algunos hechos atribuibles al desarrollo ¡limitado y dirigido, sólo o principalmente, por el afán de lucro: destrucción de bosques y creciente desertización; polución de los suelos por los fertilizantes y de las aguas por los detergentes; empobrecimiento de las variedades genéticas a causa de agentes químicos de toxicidad mal conocida y de monocultivos esterilizantes; etc. Los movimientos pacifistas han desvelado las consecuencias nefastas de las centrales nucleares en el ambiente y en la convivencia humana. Las ONG (organizaciones no gubernamentales), dedicadas al "tercer mundo", han procurado concienciar al mundo occidental de las contradicciones de una "civilización" que produce tan frenéticamente como consume y que despilfarra cantidades ingentes de recursos materiales y de ingenio en carreras armamentísticas. El Norte labra su bienestar - quizás mejor, su "bien-tener" explotando a un "tercer mundo" al que impone modelos industriales, comerciales y financieros ajenos, en beneficio exclusivo propio.

Hay que reflexionar más sobre los efectos de los desequilibrios provocados tanto en la ecología como en los sistemas económico-sociales. Se da una analogía notable entre ellos. Ni unos ni otros se restablecen fácilmente, a corto plazo y espontáneamente. Quizás no se reconstruyan jamás.

La denuncia de tanto desastre ecológico, aun después de la debida criba, reclama un estudio serio que singularice causas, inquiera responsabilidades, evalúe soluciones ya probadas y, corrigiendo intervenciones erradas, llegue a una "orientación global ecológica de la política". Pero antes de bosquejar actuaciones prácticas, veamos qué retos supone para la ética y para las iglesias el desastre ecológico.

II. ¿Un reto a la ética y a las iglesias?

1. Parece que sí: preguntas acuciantes

Salta a la vista ante preguntas como las siguientes que derivan de la situación y problemática ecológica: ¿cómo hay que entender el dominio del hombre "sobre" (o "en") lo creado? ¿cómo armonizar desarrollo económico y respeto al entorno? ¿cuál es la responsabilidad que nos atañe por opciones que afectan a la humanidad futura? ¿qué orientación educativa, política y económica hay que adoptar para encarrilar un cambio de tendencias? ¿qué papel toca a los creyentes y a las iglesias en la batalla ecológica?

Para contestarlas sin evasiones, es importante, desde el punto de vista ético-teológico, ver qué dice la palabra de Dios y cómo enfoca el tema hombre-mundo. Por lo que toca al "magisterio, hay que mencionar algunas alusiones breves pero *ad rem* en las encíclicas de Juan Pablo II (*Redemptor Hominis*, nn. 8,15,18; *Laborem exercens*, nn. 4 y 5), y sobre todo dos documentos del episcopado alemán: *Futuro de la creación y futuro de la humanidad* "II Regno-documenti" 5/1981, pp. 140-145) y *Asumir la responsabilidad de la creación* "II Regno documenti" 17/1985, pp. 530-543). Este último fue elaborado en unión con el Consejo de la iglesia evangélica y constituye la toma de posición más profunda e iluminadora de las iglesias cristianas acerca del problema ecológico. A él se hace referencia en el artículo presente.⁽¹⁾

2. Los obispos alemanes responden matizando

Los obispos alemanes rechazan como simplista la acusación de algunos ecologistas y teólogos que corresponsabilizan al cristianismo de la crisis ecológica por su concepción bíblica de la creación que, apartando a Dios del mundo, lo abandona a la agresión ilimitada del hombre, pero admiten que ciertas interpretaciones la han favorecido y que "nosotros, los cristianos, nos hemos adaptado, a menudo demasiado poco críticamente, a la mentalidad de la época y a su escasa valoración del ambiente natural".

Habría que añadir que los moralistas tampoco han reaccionado debidamente ante el mito del *homo pure oeconomicus* y de la supremacía del lucro en la actividad económica. A tales postulados no justificados va, en realidad, ligada la acción devastadora de la naturaleza.

3. El texto de Gn 1,26-28

El texto Gn 1,26-28 ha sido revisado hermenéuticamente por muchos biblistas a los que remite el documento alemán. En comparación con otros mesopotámicos, este texto concibe la relación hombre-mundo de forma totalmente específica y propia, derivada de la experiencia salvífica de Israel. Las diferencias nacen de las concepciones bíblicas del hombre como "imagen de Dios" (Gn 1,27) y como ser que ejerce su "dominio sobre lo creado" (Gn 1,28). El hombre es formalmente una representación viva de la divinidad y por ello le corresponde un papel central y de mediación en la creación. Esta, en cuanto don, convierte al hombre que la recibe en capaz de dar; se transforma para él en tarea, en "creatividad". En esto consiste el estatuto fundamental del dominio del hombre sobre el mundo.

Sin embargo la exégesis de *kabas* y *radah* en Gn 1,28 no corresponde a "sujetad" y "dominad". Excluye cualquier dominio arbitrario y en conjunto quiere decir "haced que la tierra sea habitable, casa del hombre". Esto, tras el pecado que la hizo ingrata, tiene especial valor: no se ha entregado la tierra al hombre para que la saquee, sino para que la habite (cfr. Is 45,18). Esto exige respeto junto con actividad que saque a luz las riquezas potenciales y logre las finalidades para las que fueron creadas. Otro tanto debe decirse de las relaciones con el mundo animal. La domesticación, jamás es presentada como un acto de violencia indiscriminada: "el hombre introduce al animal en su propio mundo, lo asume en un ambiente de vecindad cualificada por las dotes de creatividad, ingenio y habilidad". "El hombre deberá dominar la naturaleza al estilo del pastor que rige, guía, hace crecer, y, al mismo tiempo, utiliza inteligentemente los productos del ganado" (L. di PINTO en *Per una teología del lavoro nell'epoca attuale*", p. 99).

Como imagen que es de Dios, la relación del hombre con el mundo debe manifestar el estilo divino: acciones "liberadoras" y "promotoras", en la línea de la creación. Y ésta es no sólo *ex nihilo* sino también *contranihilum*, en cuanto opuesta a las fuerzas del pecado individual y social que violentan a la naturaleza, la hacen gemir y la someten a la vanidad (cfr. Rm 8,20). A esta actividad que promueve lo positivo y contrarresta lo negativo va unida la bendición de Dios (Gn 1,22.28). El trabajo no es tanto carga como cuidado y custodia del vergel.

El documento de los obispos alemanes, rechaza también el sentido de "sumisión" y "explotación" para las dos palabras clave y propone esta interpretación estimulante: "En la época en que se formaron tales textos, se tenía una concepción de la naturaleza que envolvía ciertos lugares en el miedo al misterio, y se vivía inmerso en el temor a las fuerzas desmedidas de la naturaleza. No cabía imaginar que el hombre llegase a ser tan poderoso como para poder destruir la tierra. A los escritores, les interesaba, más que nada, liberar al hombre de los grandes poderes de la naturaleza. Hoy, el problema es el inverso: la naturaleza se halla gravemente amenazada por el hombre".

III. Ante las diversas opciones energéticas

1. No son opciones neutrales; condicionan el presente y el futuro

Preferir una fuente de energía a otra no es indiferente respecto al equilibrio ecológico ni al modelo de convivencia. Usar energías "dulces" (hombre, animal, agua, viento...), en vez de "pesadas" (no renovables, peligrosas, concentradas en pocas manos...), significa optar por modelos de convivencia y desarrollo que afectan a las relaciones del hombre con el hombre y con la naturaleza. Es claro que, en sí mismas, las fuentes de energía naturales son "bienes premorales" y que el valor ético de su uso depende sobre todo del contexto socio-cultural. Si el lucro es el móvil predominante de la actividad económica y se concibe el desarrollo sólo como aumento cuantitativo incesante del producto nacional bruto, las opciones energéticas prescindirán de toda consideración ética y social sobre las consecuencias que se refieren al equilibrio ecológico y a la vida del hombre de hoy y de mañana.

Hoy, a juicio de muchos expertos, el mismo desarrollo tecnológico permite optar por continuar con el modelo de desarrollo ilimitado basado en energías no renovables, altamente contaminantes y con riesgos ciertos (aunque "calculados") sobre la vida, o decantarse por las energías "ligeras" y de amplia participación. Desde un punto de vista moral y social, la elección no es indiferente. La opción por las energías pesadas, y en particular por la nuclear, impulsa un tipo de sociedad con más probabilidades de devenir violenta, agresiva, despilfarradora, mala distribuidora de recursos, perturbadora del equilibrio ambiental y militarista.

Es por estas razones y no por motivos sólo ecológicos que las iglesias se plantearon la cuestión de la energía nuclear para usos pacíficos ya en los años 70. Esta, a pesar de todas las cautelas, comporta ciertos "riesgos intrínsecos" que afectan a quienes trabajan en las centrales, habitan cerca de ellas o extraen y elaboran materiales radioactivos. No se tiene resuelto, además, el problema de las "escorias", con los consiguientes riesgos para las generaciones futuras y para nuevos desequilibrios del ecosistema. Este se resiente también del uso de otras fuentes de energía pesada, como el carbón y el petróleo, que al quemarse en los motores originan un desequilibrio atmosférico como ya se ha dicho, por acumulación de óxidos y anhídridos, provocando el llamado "efecto invernadero".

2. El sistema económico "al servicio del ser humano"

Para que un sistema económico esté "al servicio del hombre" no puede encerrarse en consideraciones abstractas de una "racionalidad" económica ajena a los fines del hombre y del bien común planetario en toda su amplitud actual y futura. Nadie puede ser sacrificado sobre el ara del crecimiento económico porque toda persona entraña un valor absoluto, tanto las de hoy como las de mañana. Con razón propone el filósofo Hans Jonas el siguiente principio básico para la ética ecológica: "Procede de forma que las consecuencias de tus acciones no eliminen las posibilidades de conservación de las condiciones humanas para las generaciones futuras".

Por eso, el hombre debe aprender a "enseñorearse de su dominio sobre la naturaleza" (Paulo VI), no decantándose de modo exclusivo por ciertos recursos energéticos que parecen más rentables y dejando de lado otros (energía solar, geotérmica, bio-masa), que aplicados con una lógica diversa de la neocapitalista, ofrecen mayores posibilidades de desarrollo y de futuro positivo y humano a todos los hombres, superando la dramática y pecaminosa brecha que separa al Norte del Sur. La caridad, entendida como don, mueve a entrar en las luchas del mundo con la preocupación de hacerlo crecer en belleza y en valor para que los hijos de los hombres lo hallen siempre habitable.

3. ¿Son conciliables el desarrollo económico y la ética ecológica?

Sabido es que los economistas y los industriales apelan a menudo a las leyes económicas y a la necesidad ineludible de la dinámica de los precios y de la productividad para sustraerse a los principios de la ecología y de la solidaridad. Si no, se pararía bruscamente el ritmo del desarrollo y caeríamos todos, ricos y pobres, "en las tinieblas". Argumentos de este tipo se han presentado en las controversias entre el cardenal Martini y los industriales lombardos. Los *mass media* los difunden para combatir a los enemigos de la energía nuclear y hacer aparecer la opción contraria como ineludible ante la crisis petrolífera. En opinión ' de muchos expertos, esto no deja de ser una falacia. Cabe mantener un ritmo racional de desarrollo sin recurrir a las consabidas energías "pesadas". Lo que hay que hacer es repensar el modelo de desarrollo ilimitado y el mito del lucro como resorte exclusivo de la actividad económica. "La solución del problema económico -escribía yo en un reciente texto de moral-, problema real y grave, hay que buscarla en otra dirección, partiendo de la consideración de que la civilización occidental se ha basado en el despilfarro continuo e incontrolado de los recursos, de forma que un mayor consumo conlleva sólo, frecuentemente, un mayor derroche, y no un bienestar más elevado. El primer camino a emprender es el del ahorro, entendido como política energética eliminadora de despilfarros, abolidora de la producción del calor mediante la electricidad -a sustituir donde sea posible por el gas natural- y desincentivadora del uso no imprescindible de la energía eléctrica. Habrá, luego, que modificar los procesos industriales (introduciendo a gran escala la "cogeneración", es decir, la producción combinada de calor y electricidad), y los modelos de consumo" (*Corso di morale*, vol. III, 1: *Koinonia*, pp. 407-408).

IV. Hacia un estilo de vida ecológico

Para administrar la economía de modo compatible con la ecología, advierten los obispos alemanes, es necesario educar a los individuos y a las comunidades para un nuevo estilo de vida: "Se precisa aumentar los espacios dedicados a la pedagogía del ambiente y reforzar las experiencias positivas hechas en pequeños grupos ecológicos. El esfuerzo educativo debe incluir una información sólida y abierta de la población y tender a su responsabilización en los problemas del ambiente; no debe, pues, formar parte de un adoctrinamiento político discutible".

En el campo económico se exige "un cambio radical de mentalidad", análogo al expuesto: el documento subraya que la "economía social de mercado" debe enriquecerse con la componente ecológica y que el imperativo del respeto al ambiente no constituye simplemente una "corrección cosmética" del orden económico actual, sino un "corte radical" con tantas leyes y autorizaciones: "quienes contaminan el ambiente deben asumir las consecuencias y pagarlas".

Por último, se requiere otro "cambio radical de mentalidad" para superar el fracaso de las medidas políticas tomadas hasta ahora en defensa del ambiente; y esto significa "una acción de política ecológica global". Huyendo de recetas, el texto sugiere cuatro capítulos: 1) *Establecer bases de partida* (reconocer el valor propio de la naturaleza y sus derechos, limitar las exigencias del consumismo, garantizar la participación de todos los hombres y naciones en los recursos naturales); 2) *El deber del desarrollo*, a base de buenas inversiones en la naturaleza. 3) *El deber de regular la competencia* y aportar instrumentos eficaces a nivel nacional e internacional para la salvaguardia del ambiente; y 4) *El deber de una administración austera*.

Los cristianos y las iglesias pueden contribuir valiosamente a este cambio radical de mentalidad: "Deben movilizar todas las fuerzas disponibles no sólo en los debates de la opinión pública sino también en el diálogo especializado con científicos y con los responsables de la política y de la economía. Nosotros, los cristianos, ante el problema actualísimo de la supervivencia humana y del mundo... debemos recordar que podemos también hacernos culpables por callar y por actuar de forma inconsecuente".

Notas:

¹Nota del trad.: Desconocemos la publicación en castellano de estos documentos.

Tradujo y condensó: JOSEP MESSA